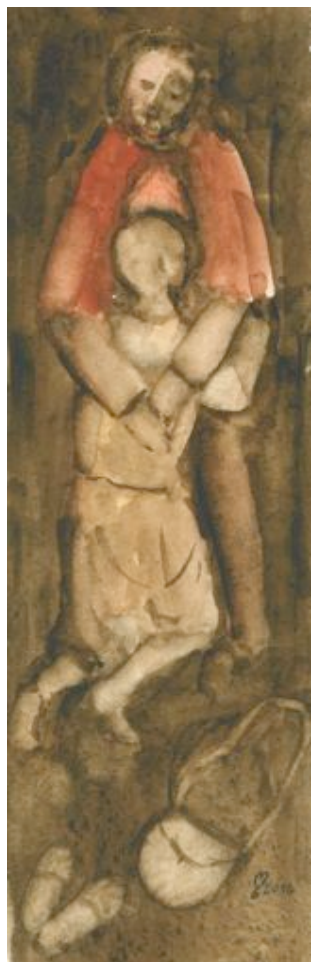


El Templo de la Misericordia



¡Queridos todos!

El Año jubilar de la Divina Misericordia me hace prestar atención a la manera en la que san Benito nos pide vivir este misterio de nuestra vocación y misión de monjes y monjas cistercienses. Seguiremos profundizando en el tema de la misericordia durante el Curso para los Superiores que tendrá lugar en Julio, cuyo título es el de *No desesperar nunca de la misericordia de Dios* (RB 4,74), y también lo haremos durante el Curso de Formación Monástica.

En cada visita a los monasterios, como las realizadas este año a Vietnam, Brasil y Etiopía, y en Europa, este tema acompaña y guía mi *lectio divina*, y la meditación que busco compartir con vosotros. En la escuela del Papa Francisco, la misericordia debe ser para nosotros un criterio de interpretación de lo que vivimos, de las circunstancias en las que nos encontramos y, en general, de la historia de las personas, de las comunidades, de la Iglesia y del mundo entero. La humanidad en nosotros y alrededor de nosotros, como aquel hombre robado, golpeado y abandonado “medio muerto” en el camino, tiene una urgente necesidad de que Cristo, buen Samaritano, encarnándose y muriendo en la Cruz, se “haga cercano” para darnos la vida nueva en su Resurrección (cf. Lc 10,30-37).

En medio del templo

En la Regla de san Benito, muchos pasajes tratan de la misericordia de Dios, como también de la misericordia del abad y de los hermanos. En esta carta quisiera concentrarme sobre un punto que desde hace varios meses me da mucho que pensar. Decía en Poblet: «En el capítulo 53 de la Regla, que trata de la acogida de los huéspedes y, por lo tanto, de lo que el monasterio está llamado a ser para el mundo, San Benito prescribe que el abad y toda la comunidad, después de haber mostrado al huésped todos los signos de acogida espirituales y materiales necesarios, renueven con él el lavatorio de los pies que nos transmitió Jesús. Y después de este gesto, Benito pide que toda la comunidad cante un versículo del salmo 47: “*Suscepimus, Deus, misericordiam tuam, in medio templi tui* – ¡Oh Dios, hemos recibido tu misericordia en medio de tu templo!” (Sal 47,10; RB 53,13-14). (...) Para san Benito el monasterio es el templo de la misericordia de Dios. La comunidad se convierte en templo de la misericordia cuando se dobla para lavar los pies de la miseria de los hermanos y hermanas y de todos. Y es de esta manera como un monasterio acoge la misericordia de Dios para el mundo entero. Para San Benito, el monasterio no es "escuela del servicio divino", como dice en el Prólogo de la Regla (Pról. 45), solamente en el

sentido de que en él se aprende a servir a Dios, sino también, y quizá sobre todo, como lugar en el que se aprende a servir al hombre *como* Dios le sirve, haciendo memoria por lo tanto de Jesús muerto y resucitado por nosotros, del Hijo misericordioso como el Padre, que el abad tiene la vocación, la misión y la gracia de representar, de re-presentar constantemente a sus hermanos.» (Poblet, Homilía Bendición abacial, 27.02.2016).

Notamos sobre todo el vuelco que san Benito introduce en este pasaje de la Regla. Después que el abad y la comunidad entera han ofrecido al huésped el servicio de misericordia más humilde, el de lavarle los pies, los monjes son invitados a cantar un versículo en el que se afirma que son ellos los que han recibido la misericordia de Dios. Tocamos aquí el misterio de la misericordia como Cristo lo ha anunciado y revelado: cada uno de nuestros gestos de misericordia hacia el prójimo no podrá nunca superar la infinita misericordia que Dios expresa en relación a nosotros. Incluso cuando nos lavamos los pies los unos a los otros, o se los lavamos a los huéspedes, a los pobres, a los peregrinos, no debemos nunca olvidar que Dios nos ha amado el primero, que Jesús nos ha lavado los pies el primero, con el don de sí mismo en la Cruz, en la Eucaristía, con el Bautismo y todos los sacramentos.

La vida monástica debería siempre cultivar en nosotros esta conciencia. Monje es aquel que recuerda, precisamente mientras está sirviendo a los hermanos y hermanas, que es él quien primeramente es servido, amado, perdonado por Dios en Cristo Jesús. Mientras estamos dando, hacemos memoria de que estamos recibiendo; mientras amamos, hacemos memoria de que somos amados; mientras perdonamos, hacemos memoria de que somos perdonados; mientras ofrecemos misericordia, recordamos que somos nosotros los que la recibimos. Y no tanto por parte de los hombres, sino de Dios: "¡Oh Dios, hemos recibido **tu** misericordia en medio de tu templo!".

Esta memoria es una alabanza, una "acción de gracias", una "eucaristía", una posición del corazón que hace alegre y agradable cada servicio y cada paciencia en comunidad y hacia el exterior. Las obras de misericordia espirituales y materiales que ejercemos personal y comunitariamente no deberían ser sino el rebosar de la misericordia de Dios que siempre excede nuestra medida, nuestro corazón, nuestro mérito. Es como poder decir a todos: puedo darte todo, incluso la vida, porque el Don de Dios es siempre sobreabundante e inagotable. Como lo expresa un versículo del salmo 62 que me repito cada mañana al levantarme para ir a la oración: "Porque tu misericordia (*hesed*) vale más que la vida, mis labios cantarán tu alabanza" (Sal 62,4).

San Benito pone por lo tanto esta conciencia en el centro de nuestra vida y de nuestra vocación. Sabemos que para él el Templo de Dios, la Casa de Dios, no es solamente la iglesia, el oratorio, sino todo el monasterio. La misericordia de Dios, reuniendo en Cristo a todo hombre perdido, a todo hijo disperso, ha hecho de todo el mundo el espacio sagrado de la Divina Presencia. Todo el mundo es, por lo tanto, Templo de Dios, lugar en el que Dios viene, está con nosotros, se cuida de nosotros, y nos pide ser acogido precisamente como Misericordia. Jesucristo es la Misericordia del Padre que alcanza siempre y en todas partes a toda la humanidad, y que desea ser acogido como tal.

El hecho de que san Benito nos pida hacer memoria de este misterio no en la iglesia del monasterio, ni siquiera en la clausura monástica, sino allí donde el mundo entra en el

monasterio a través de los huéspedes, los pobres, los peregrinos, es precisamente para enseñarnos a poner en el centro de nuestra vida la acogida de la misericordia de Cristo, que hace sagrado el mundo entero. Solo así los espacios propiamente sagrados del monasterio, los espacios propiamente monásticos, no serán “profanados” por la actitud farisaica de creer que Dios nos pueda visitar y amar por otras razones diferentes a nuestra miseria y a su misericordia. Sólo así nuestro ser como consagrados por la Profesión monástica no nos cerrará en la torre de marfil de nuestro orgullo. San Benito nos recuerda que somos monjes y monjas porque tenemos más necesidad que nadie de recibir la misericordia de Dios lavando los pies de los demás. El templo del monasterio no es el templo de la justicia, ni de la perfección y santidad, sino el templo de la Misericordia que el Señor nos da para acoger para nosotros, entre nosotros, con todos y para todos

La justicia de acusarse a sí mismo

Con relación a esto me conmueve la insistencia continua en los apotegmas de los padres del desierto sobre el tema de la acusación de uno mismo. Continuo meditando un apotegma en el que Abbá Poemen habla sobre su comunidad: “En esta casa han entrado todas las virtudes, excepto una; y sin esta el hombre resiste a duras penas”. Le preguntaron cuál era esta virtud y dijo: “Que el hombre se reproche a sí mismo” (cf. Apotegmas, Serie alfabética, Poemen 134).

Con frecuencia nos encontramos en un punto muerto en el camino de nuestra conversión personal o comunitaria. No se consigue avanzar, y no nos preguntamos el porqué. ¿Por qué tal persona o comunidad no consigue nunca superar ciertos problemas? ¿Por qué estamos siempre en el punto de partida? Tratamos de entender qué es lo que no va bien y qué soluciones podemos dar, después de haber probado tantas inútilmente. Nos pasa como al profeta Balaán que no ve al ángel que bloquea su camino. Entonces se pone furioso y golpea a su pobre burra, cuando debería ser él quien buscara dónde está el problema, hasta que la burra recibe de Dios el don de la palabra para revelárselo (cf. Números 22,21-35). También nosotros y nuestras comunidades, antes de querer entender y resolver a toda costa lo que bloquea el camino de nuestra conversión, deberíamos comenzar por reconocer humildemente que el problema existe y que está en nosotros mismos. El verdadero obstáculo para la conversión está en el hecho de que pensamos que no tenemos necesidad de ella y que son los demás los que deberían cambiar. El obstáculo está en acusar a los demás en lugar de hacerlo a nosotros mismos.

También toda la tradición monástica, toda la tradición cristiana, desde los padres del desierto hasta san Benito, hasta san Bernardo, y llegando hasta el Papa Francisco, no hace sino transmitirnos esta enseñanza constante del Evangelio: justo no es el que está sin pecado, sino quien lo reconoce en sí mismo y no acusa a los demás. En otro apotegma, se hace referencia a una palabra del padre Anub que dice que hay una justicia que puede hacer desaparecer las faltas del hermano. Le preguntan: “¿Cuál es esta justicia?”, y el anciano responde: “El culparse siempre a sí mismo” (cf. Poemen, 98).

Evidentemente no debe confundirse la acusación de uno mismo que pide la tradición monástica con un malsano desprecio de sí mismo lleno de escrúpulos y de tristeza, replegado sobre sí mismo, sin esperanza y deseo, porque esto no nos abre con humildad y confianza filial a la misericordia del Padre bueno.

La falta de disponibilidad para acusarse a uno mismo, a reconocer humildemente el propio límite y pecado, y las propias infidelidades, lleva a una ceguera que impide una mirada de amor y misericordia hacia los demás. Esta actitud conduce a menudo a la división en las comunidades, o a la división de una comunidad de las demás. La historia de la Iglesia nos lo muestra con claridad, como también la historia, incluso reciente, de nuestra Orden.

La gravedad de esta posición está en el hecho de que quien no se acusa, quien no reconoce humildemente su propia miseria y pecado, la necesidad personal de conversión, permanece cerrado a la misericordia, no tiene experiencia de ella, y, con el tiempo, se endurece siempre más en una concepción farisaica de justicia. Jesús ha revelado que la verdadera justicia no consiste en creerse justos, sino en reconocer no serlo, porque esto abre al hombre al don de la misericordia del Padre. Y esto hasta pocos instantes antes de morir en la Cruz, cuando ha justificado totalmente al buen ladrón crucificado junto a Él.

Lo he comprendido este año meditando en la Pasión según Lucas para la homilía del Domingo de Ramos: “Se discute siempre sobre la relación entre justicia y misericordia. Ahora bien, este ladrón, hablando a su compañero, afirma que la perna que ellos están sufriendo es justa. Sin embargo, es injusta para Jesús, porque Él es inocente. El buen ladrón, antes de pedir misericordia, reconoce y afirma la justicia. Y lo hace aceptando acusarse a sí mismo. Nuestra justicia consiste en acusarnos a nosotros mismos, y no a los demás. Y esta es la justicia que le basta también a Dios. Dios no ama juzgarnos él mismo, sino que nosotros nos juzguemos con verdad y humildad. Cuando en nosotros existe la justicia de acusarnos a nosotros mismos de nuestro mal, de reconocer que nosotros no somos justos, entonces podemos también dar el salto de la justicia a la confianza en la misericordia de Dios. El buen ladrón acepta la justicia, pero mendiga la misericordia. Y su humildad que se acusa, que se confiesa, le merece la misericordia que sabe que no merece, la misericordia del abrazo de Cristo que nos acoge en la comunión eterna con Él.” (cf. Lc 23,39-43; Homilía Domingo de Ramos, Roma, 20.03.2016).

La intervención de Dios

¿Por qué esta actitud desbloquea las situaciones personales y comunitarias que no progresan y no crecen? Simplemente porque esta actitud abre nuestra vida y la vida de las comunidades y, por lo tanto, de la Orden, a la intervención de Dios, que es siempre una intervención omnipotente y misericordiosa, una intervención sin límites en el amarnos, en el darse completamente a nosotros mismos, multiplicando los signos maravillosos que solo Él puede obrar en medio de nosotros. ¡Qué maravilla la plenitud de la vida eterna en la comunión con Él que Jesús da al ladrón arrepentido! ¡Qué maravilla la fiesta del padre por el hijo que ha vuelto a casa reconociéndose indigno de ser llamado su hijo! ¡Qué maravilla Pentecostés para los discípulos que habían renegado y abandonado a Jesús, y que ahora permanecían en el Cenáculo con humildad y arrepentimiento!

La misericordia de Dios es un potencial infinito de salvación y transformación de nuestras vidas y de nuestras comunidades. No debemos temer el reconocer y acusar nuestra miseria, nuestro límite, porque esto abre nuestras puertas al poder misericordioso del Espíritu Santo. Nuestra miseria es un obstáculo solo cuando no la reconocemos, porque cuando la reconocemos, enseguida el Señor la transforma en puerta abierta a través de la cual Él viene a amarnos y a hacernos misericordiosos como Él.

La acusación de uno mismo desbloquea las situaciones que no avanzan porque Dios no se contenta con perdonar y basta. Quiere que del perdón comience un camino nuevo. Cuántas veces Jesús ha dicho a los pecadores arrepentidos: “¡Tus pecados están perdonados, vete en paz!”. El orgullo es una parálisis del camino de las personas y de las comunidades. El perdón de Dios no es solo un lavado que quita la suciedad, sino una curación que nos permite caminar y correr con Cristo, siguiéndolo en su camino de buen Pastor misericordioso que va a reconciliar el mundo entero. Quien, reconociendo la propia miseria, se abre a la misericordia del Padre, inicia un camino de reconciliación sin límites, siguiendo a Jesús que ha reconciliado a toda la humanidad con Dios.

Una persona o una comunidad que caminan en la reconciliación fraterna, siempre marchan bien, incluso si todo es frágil, imperfecto y lleno de límites. La reconciliación es como una resurrección constante, es la regeneración siempre nueva del amor, el verdadero milagro de Dios entre nosotros, y a través de nosotros, en el mundo.

El amor de Cristo como proyecto común

San Benito nos pide, por lo tanto, lavar los pies de los demás, es decir, servir y acoger a todos con la conciencia de que es a nosotros a los que Dios da su misericordia. Y quiere que en este gesto simbólico se exprese la naturaleza esencial y profunda del monasterio, de la comunidad como templo de Dios, como morada en la que se hace presente el Dios misericordioso que crea y redime a toda la humanidad.

Conmueve la rotundidad de esta prescripción de la Regla: "*pedes hospitibus omnibus tam abbas quam cuncta congregatio lavet* – tanto el abad como toda la comunidad laven los pies a todos los huéspedes" (RB 53,13). ¡*Toda* la comunidad debe lavar los pies a *todos* los huéspedes! Prescripción exagerada, prácticamente imposible de observar. ¿Qué comunidad con su abad o abadesa conseguiría lavar los pies a todos los huéspedes que llegan al monasterio? Hay algo extremo en esta petición de san Benito. Un extremismo evangélico, lo mismo que ha conmovido a los apóstoles cuando Jesús se puso a lavarles los pies. Extremismo evangélico del amor de Cristo: “Antes de la fiesta de Pascua, Jesús, sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1). Y como el lavatorio de los pies ha sido para Jesús la representación simbólica de su muerte en Cruz, de su Eucaristía, de su paso de este mundo al Padre, es decir, de su Pascua, también para nosotros la prescripción de san Benito debe significar, más que una práctica para cumplir a la letra, una posición del corazón a vivir en todas las circunstancias y en todos los encuentros, y a vivir juntos, en comunidad.

San Benito nos pide acoger del Cristo pascual el lavatorio de los pies como regla comunitaria, como proyecto comunitario, como elección evangélica de vida que nos una a todos ante todos. El abad y la comunidad están llamados a estar unidos en el proyecto esencial y universal del amor de Cristo que se ha hecho siervo de todos los hombres para permitir a la misericordia del Padre entrar en el mundo, haciendo de nuestra vida, de nuestras comunidades y de todo el mundo humano, el templo del Dios misericordioso.

Esta prescripción de la Regla es, por lo tanto, una provocación. Parece que san Benito no le da demasiada importancia. No la pone al comienzo de la Regla, y no le dedica un capítulo especial. Pero precisamente por esto es importante, porque Jesús no impone

nunca su amor como una obligación. Lo sugiere humildemente a nuestra libertad, porque se ama de verdad cuando se es libre de hacerlo.

Lavar los pies de los demás, no es por sí misma una obra imposible. No requiere de grandes fuerzas, de grandes medios, de mucho tiempo, de grandes virtudes. Es una elección de amor, del amor humilde de Cristo. Pero san Benito hace coincidir esta elección con la elección de la comunión comunitaria, de la comunión obediente a los superiores y a los hermanos o hermanas, que es una comunión de proyecto de vida.

Esta impostación de la vida monástica, san Benito la pide en toda la Regla, en todos los aspectos de nuestra vida y vocación. Pero aquí hay como una síntesis simbólica que se convierte en una luz para todo lo demás, para toda la vida fraterna, para todo el trabajo en el monasterio, para toda la vida litúrgica y sacramental, para todas las actividades y ministerios que una comunidad cristiana y benedictina asume para seguir a Cristo que transforma con su amor pascual toda la realidad humana.

El mundo es renovado por Cristo Redentor en la medida en que la acogida del otro, de todos, se convierte en experiencia de acogida de la misericordia de Dios. La novedad de Cristo se manifiesta allí donde el servicio al prójimo se convierte en una experiencia gratuita y grata de la misericordia del Padre. El espacio humano se convierte en templo de Dios porque en Cristo descubrimos que lo que es verdaderamente divino, lo que es verdaderamente santo, es la caridad, porque Dios es caridad, Dios es misericordia.

Esta sugerencia discreta, humilde, de la Regla, como del Evangelio, podemos tomarla o dejarla. Somos libres. Pero cuando nuestra libertad personal y comunitaria no acepta esta luz pascual sobre la verdad y plenitud de nuestra vocación cristiana y monástica, es como si todo perdiese el centro de gravedad que hace armoniosa la vida. Las personas y las comunidades que no aceptan el proyecto cristiano fundamental que es la Eucaristía vivida lavando juntos los pies de todos, no pueden hacer la experiencia de la misericordia que viene a transfigurar nuestra vida y comunidad en templo de Dios, en lugar santo y sagrado en la caridad del Espíritu Santo. No es casualidad que el Cenáculo, lugar del lavatorio de los pies, de la Eucaristía, sea también el lugar de Pentecostés.

Diaconía, liturgia, comunión

Se podría decir que para san Benito la comunión, *koinonia*, respira con los dos pulmones de la diaconía y de la liturgia. El servicio de lavar todos juntos los pies de todos, anima el canto coral de alabanza a Dios por el don de su Misericordia, y es así como la *koinonia*-comunión de la comunidad vive y crece, e se transmite a los demás. La comunión es la misericordia de Dios que acogemos sirviendo humildemente a los otros y alabando a Dios. La comunión es el templo de Dios, el lugar sagrado de su presencia, en el que la Misericordia Divina se experimenta a través de la caridad fraterna y de la alabanza del Señor. Se podría decir que la comunidad que busca su unidad en la diaconía común y misionera, la encuentra y la vive en la resonancia de la liturgia. El paso inmediato del lavatorio de los pies al canto coral del versículo del Salmo 47 demuestra que la diaconía se convierte enseguida en servicio divino. Estamos llamados a una comunión de misericordia que unifica no solo las personas entre ellas, sino también todo lo que hacemos con las manos y con el corazón, en la acción y en la oración.

El hecho de que san Benito pida que este gesto simbólico sea hecho por el abad junto con toda la comunidad nos revela también el sentido profundo de la autoridad y de la obediencia en la comunidad monástica. El abad no debe dirigir un ejército, o un equipo de fútbol que debe vencer a todos para ganar el campeonato, es decir, un grupo de poder, una sociedad cerrada que busca el propio interés y ganancia, o que trabaja solo por la propia bella imagen, sino una comunidad de siervos de la humanidad, sobre todo de la humanidad de los “pobres y peregrinos” – hoy quizá escribiría “refugiados y emigrantes” – porque en ellos se recibe más plenamente a Cristo" (RB 53,15).


Me parece escuchar la dulce regañina de Jesús a Pedro que no aceptaba que el Maestro estuviese en medio de nosotros “como el que sirve” (Lc 22,27): “Si no te lavo los pies no tendrás parte conmigo” (Gv 13,8). Y si el abad debe representar a Cristo, lo hace precisamente precediendo su comunidad en el servicio de lavar los pies a los otros. Los superiores de los monasterios están llamados a preceder y guiar a sus hermanos y hermanas en el camino de una caridad humilde y universal, consciente que es sobre todo así como la comunidad va al encuentro de Cristo y lo acoge, Él, la Misericordia encarnada del Padre.

Reconstruir templos de misericordia

En un mundo donde el odio y la violencia continúan destruyendo la comunidad humana, sembrando el miedo y la desconfianza de unos para con otros, en un mundo en el que ya hay demasiadas personas que peregrinan física y espiritualmente en búsqueda de una morada, de un sentido para sus vidas, ¿qué puede haber más urgente sino construir comunidades que sean verdaderos templos de la misericordia de Dios? El mundo necesita que seamos fieles en la construcción de lugares en los que la miseria humana y la misericordia divina puedan encontrar y acogerse mutuamente.

Pienso en los tiempos de san Bernardo. También entonces la sociedad se sentía amenazada y Bernardo incluso aceptó predicar la cruzada. Pero su principal tarea no era la guerra, por otra parte fallida, sino la edificación material y espiritual de personas y lugares de misericordia. Esta es la mejor reacción a la violencia, al terrorismo, al miedo hacia el otro que invade la sociedad, pero también la mejor reacción a una cultura deshumanizada por la perfección técnica, que olvida la dignidad y los deseos profundos del corazón humano. Hoy más que nunca la misión es la de vivir nuestra vocación en el carisma de san Benito, para edificar juntos moradas en las que Dios pueda habitar con el hombre y consolar la miseria de cada corazón.

Que la Reina y Madre de la Misericordia nos obtenga esta fidelidad y dedicación al amor de Cristo, intercediendo por nosotros y por todos, ¡como en el Cenáculo de Pentecostés!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist